

El encanto
del pensamiento

Eduardo Matos Moctezuma




HOMBRE EXCEPCIONAL, GUTIERRE TIBÓN reunía diversos atributos que lo caracterizaban como persona de gran saber y atildada escritura. Su profundo conocimiento de las diversas ramas de la cultura y de la ciencia lo convertía en una enciclopedia inagotable que tomaba forma a través de sus libros o de su conversación. Muchas de sus obras están ahí para atestiguarlo. No pocas páginas dejó sobre el mundo prehispánico. Recuerdo cómo en 1967 se publicó, por parte del INAH, su libro *Mujeres y diosas de México*, que me impactó por la manera de tratar el tema. Pero lo que llama la atención es la erudición que muestra en sus distintos trabajos. Lo mismo trataba de los mitos que las realidades del México prehispánico. Con igual conocimiento nos decía de la peregrinación mexicana que de la legendaria Aztlán. Con profundidad admirable se metía en los vericuetos de la lingüística que en los escritos de los cronistas. Es difícil poder abarcar todos los campos que Gutierre conocía. Uno de sus libros ha sido, quizá, de los más leídos: *Historia del nombre y de la fundación de México* (FCE, 1975) y reimpresso en muchas ocasiones. En él vemos lo antes dicho: conocimiento de fuentes históricas y de la arqueología, rigor en el análisis del tema y resultados sorprendentes. De este libro ha dicho Jacques Soustelle:

Gutierre Tibón analiza las sutiles correspondencias que enlazan, en la visión del mundo de los antiguos mexicanos, a la Tierra con la Luna, el agua, la abundante vegetación, la fecundidad y los “cuatrocientos conejos”, pequeños dioses de los banquetes rústicos, de la bebida y de la ebriedad. Los nombres desempeñan su papel en estas representaciones complejas. La cifra cinco expresa las direcciones del mundo, multiplica las lunas, rige a las divinidades femeninas. Ha habido cuatro universos antes de nosotros, el nuestro es el “quinto sol”. El método utilizado brillantemente por Gutierre Tibón consiste en juntar los datos contenidos en los relatos míticos o históricos, las observaciones

etnográficas, los manuscritos pintados y los bajorrelieves, de modo que se pueda reconstruir, a la manera de un mosaico o de un rompecabezas, las nociones autóctonas.

No quiero hablar mucho de los datos biográficos de nuestro homenajeado. Sólo deseo recordar sus cualidades como maestro universitario que le valieron, junto con su obra, el doctorado *Honoris Causa* de la UNAM. Llegado a México hace ya muchos años a instancias de Isidro Fabela, Gutierre Tibón se enamoró de esta tierra. La conoció profundamente e hizo de ella su patria sin olvidar a su natal Italia. Quiero leer una parte del pensamiento de don Isidro, cuando a los veinticinco años de estancia en México se publicó una antología de la obra de Gutierre en la que le correspondió escribir el prólogo de la misma:

Loado sea Gutierre, éste de los actuales Tibones, por haber decidido a iluminar nuestros espíritus con el suyo, que es de brillantez excepcional. Y que deje sus “huesos en México”, porque ese abono alimentará y conservará la flor exquisita de una mente flameante que atrae, enseña, seduce. Sus pláticas amenas tienen unas veces sabor renacentista, otras nos interesan por su viejo clasicismo doctoral y su genuino sentido romántico; y todas por sus certeros juicios, nacidos de las sabidurías de alguien que mucho ha viajado por el mundo, que muy bien conoce el libro que es el mejor de los libros, la naturaleza; de alguien que ha visto, oído, analizado todo lo que está a su alcance: cosas, ciencias, artes, costumbres y lo más atractivo de estudiar en sus trasfondos, los seres humanos, que siempre son distintos entre sí, y en cada uno de los cuales, Gutierre suele encontrar el encanto de un pensamiento o de las facetas, pulidas o no, del diamante que es la riqueza espiritual.

Poco hay que agregar ante lo dicho. La figura y la presencia de Gutierre Tibón perduran en el tiempo. ¡Cómo hace falta en esta época en que se pierden los más entrañables valores humanos, la siempre clara palabra de personas como él! Justo es el homenaje por su obra; sincero, nuestro agradecimiento por la misma. 

¹ Texto leído en el homenaje a Gutierre Tibón por la entrega de la Medalla Ignacio Manuel Altamirano por parte de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.